Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

¿DÓNDE ESTÁ LA FELICIDAD? ¿CÓMO PODREMOS LOGRARLA?

Bienaventurado el hombre que ama la ley del Señor y la medita noche y día (Sal. 1,1-2)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

I.S.B.N : 84-7770-257-8
Depósito Legal: B-8740-95
Impreso por BIG, S.A.
Industria Gráfica

PRESENTACIÓN

Dios ha puesto en nosotros ansias infinitas de felicidad. Por tanto la felicidad existe, pero ¿dónde está la felicidad? ¿Cómo podremos lograrla?

Según iremos viendo, los más de los hombres que aspiran a ser felices, no logran la felicidad, porque la buscan donde no se halla. Por lo general la buscan en poseer muchas riquezas y alcanzar grandes honores y gozar de muchos placeres; pero la dicha no está en estas cosas, sino donde la pone Jesucristo y Él es el que nos enseña el camino que hemos de seguir para alcanzarla.

A la luz de la revelación divina podemos comprender que porque el hombre busca la felicidad donde no se halla, por eso viene a ser enemigo de su felicidad.

Esta doctrina la voy a exponer en dos breves capítulos. En el primero diré dónde no está la felicidad y en el segundo dónde

realmente podemos hallarla y, finalmente, terminaré indicando los medios que tenemos para lograrla.

Benjamín Martín Sánchez

Zamora, 14 mayo 1994

Primer capítulo

¿DÓNDE NO ESTÁ LA FELICIDAD?

1

No hay duda que todos deseamos irresistiblemente la felicidad, la buscamos y trabajamos por poseerla.

Todos tenemos una capacidad y un deseo como infinitos de dicha, pero ¿dónde encontrarla? Los bienes a que suelen aspirar los hombres son las riquezas, los honores y los placeres; pero estas tres cosas no pueden satisfacer el corazón humano.

Por otra parte, como Dios ha puesto en el corazón del hombre inmensos deseos de felicidad, ésta debiera estar al alcance de todos; mas ¿quién no ve que no todos poseen riquezas, honores y placeres?

Empecemos por demostrarlo:

2

La felicidad no está en las riquezas

Pensemos: ¡Cuánto trabajo cuesta en adquirirlas! y ¡cuántas preocupaciones, cuidados y vigilias no se necesitan para conservarlas y el deseo de aumentarlas! Además las decepciones que arrastran consigo, los pesares que causan y el temor de perderlas, ¿acaso no prueban que la felicidad no está en las riquezas?

¡Cuántos trabajan inútilmente! «amontonan tesoros e ignoran para quien los reúnen» (Sal. 39,7). Pensando que los millonarios mueren dejando sus riquezas a extraños y no pudiendo llevarlas consigo, ¿quién puede decir que la felicidad está en las riquezas? Por eso Jesucristo nos dice: *«Guardaos de toda avaricia, porque aunque se tenga mucho, no está la vida —la felicidad— en la hacienda»* (Lc. 12,15).

3

Una gran lección se nos da en el libro del Eclesiastés, en el que leemos las siguien-

tes palabras, puestas en boca de Salomón: He levantado, dice, obras magníficas, he construido para mí palacios y he plantado viñas. He trazado jardines y vergeles y los he llenado de toda clase de árboles.

He tenido criados y criadas y una numerosa familia, y rebaños de bueyes y de ovejas, más que todos los que me han precedido en Jerusalén; he amontonado plata y oro, la renta de los reyes y de las provincias; he tenido músicos y músicas y lo que constituye las delicias de los hombres, copas y vasos para derramar licores.

Mis riquezas han sido superiores a la de todos los que me han precedido, y he dado a mis ojos todo lo que han deseado, y no he impedido que mi corazón saborease los deleites y se complaciese en todo lo que yo había preparado, creyendo que mi suerte era disfrutar del fruto de mis sudores, y cuando he vuelto la vista hacia las obras de mis manos, hacia los trabajos en que me había cansado vanamente no he visto más que es todo vanidad, aflicción de espíritu y no he hallado nada estable bajo el sol (2,4-11).

4

Y yo también, dice en otra parte el mismo Salomón, soy hombre mortal como todos y de la raza de aquél que nació el primero de la tierra. En mi nacimiento he respirado el aire común a todos, he sido depositado en una tierra en la que debía hallar iguales dolores; y como sucede a todos los niños, mis primeros acentos han sido llantos (Sab. 7,1-5).

El niño, dice San Agustín, presiente, y sin saberlo profetiza las mil tribulaciones que le esperan, llorándolas desde luego.

Todos los bienes de este mundo no tienen más que apariencia, y no realidad; los codiciamos y no satisfacen; son el entretenimiento de los ojos, y no el alimento del alma...

5

La felicidad no está en los honores

Los honores no son más que humo. Los que los poseen, se ven obligados a exclamar: *Vanidad de vanidades y todo es vani-*

dad (Ecl. 1,2). Los honores son una dura esclavitud, un fardo pesado, una brillante servidumbre, como es la del Soberano Pontífice y la de los reyes...

Conocéis a ese gran emperador que conquistó Grecia, Persia, Arabia, Egipto. La tierra tembló en su presencia; pero la muerte no le tuvo compasión (1 Mac. 1,1-8). Murió Alejandro Magno, y cuatro viejos generales cargaron su cadáver, encerrado entre cuatro tablas. Y otro viejo general que los seguía, señalando con la espada las tablas, repetía: «Ahí, entre esas tablas, va Alejandro, que ayer no cabía en el mundo». A esto vienen a terminar todos los honores y gloria del mundo.

6

Otro ejemplo: Huyendo Napoleón de la desastrosa derrota de Waterloo, se hospedó una noche en una humilde posada sobre cuyas negruzcas paredes se veía un retrato de Luis XVI. ¿Quién es éste? —preguntó a la posadera—. Es nuestro rey, respondió ella.

Hacía tiempo que el rey y toda la fami-

lia real habían sido decapitados, y hacía tiempo que Napoleón, lleno de gloria, había escalado la cumbre del poder, y aquella señora lo ignoraba.

Napoleón desilusionado, se volvió al general Beltrán, que le acompañaba, y murmuró apenado: Ni siquiera los franceses me conocen. ¡Tan vana es la gloria de los hombres!

Esta vanidad la palparía Napoleón poco después, más impresionante, al verse desterrado y recluido en la isla de Santa Elena.

Sólo hay una gloria que no se marchita nunca, y es la gloria que reciben los servidores de Dios.

7

La felicidad no está en los placeres

Ya hemos visto como Salomón, después de gozar de toda clase de placeres, al fin de su vida exclamó: *Vanidad de vanidades y todo vanidad*. Además, preguntádselo al hijo pródigo, al voluptuoso... ¡Cuántas decepciones, cuántos pesares, amarguras, re-

mordimientos, enfermedades y disgustos! Y ¿qué duran los placeres de la tierra? ¿No se escapan a medida que los perseguimos?... El corazón menos contento y menos feliz es el que los busca con más ardor.

Todas las felicidades del siglo se parecen a los sueños que tenemos mientras dormimos. El que cuenta sus tesoros en un sueño, se cree rico, pero, al despertar, ve su pobreza: así sucede con los hombres que se alegran de las cosas de la tierra. Si no se despiertan ahora que el despertar les sería útil, un día se despertarán a pesar suyo. Despertaos, pues, dormidos del siglo, sacudid el engañoso letargo que se ha apoderado de vosotros, abandonad el sueño que os seduce.

8

En la región de la muerte, dice San Agustín, no hallamos más que trabajos, dolor, temores, tribulación, gemidos y suspiros. La felicidad, pues no está allí; allí no hallamos más que la ausencia de la dicha...

¿Qué es la vida actual? Es un vapor que se desvanece, dice el apóstol Santiago

(4,15). La vida es vapor, un soplo, un humo, una gota de rocío, una corta tempestad...

Una multitud de pasiones tiránicas agitan a los hombres. Los ciegos han dicho: «¡Feliz el pueblo que goza de los bienes del mundo! Pero, como nos dice el Salmista: *¡Feliz tan sólo el pueblo, cuyo Señor es Dios!* (144-15).

9

Juan Pablo II ha dicho: «A pesar de las apariencias exteriores, este mundo sufre por dentro: desequilibrio, discriminaciones, opresiones, calamidades naturales, carencias indescriptibles, insatisfacciones, miedos, violencias, muertes y sobre todo, está el pecado, germen disgregador y fuente de infelicidad profunda».

El pecado es, pues, lo opuesto a la felicidad. Y el mismo Papa dirigiéndose a los jóvenes, les dice: «No pocos de entre vosotros destruyen su ser interno de hombres refugiándose en el alcohol y las drogas. A menudo a través de esa actitud se encuentra la angustia y la desesperación; pero otras veces ese comportamiento oculta la búsque-

da del placer, la falta de autocontrol o una irresponsable curiosidad de ''probarlo'' todo».

Muchos son los jóvenes que van por caminos que los apartan de la verdadera felicidad. Buscan su dicha en las pasiones; pero seguirla es pecado, y la dicha no se halla en el pecado... *«La tribulación y las angustias,* dice San Pablo, *son la dote de toda alma que obra el mal»* (Rom. 2,3).

Segundo capítulo

¿DÓNDE ESTÁ LA FELICIDAD?

10

«Dios no nos ha creado al azar, sino para un bien claro y lineal: su gloria eterna y nuestra felicidad» (juan Pablo II). Por tanto la felicidad existe, pero ¿dónde la hallaremos? La verdadera dicha, dice el salmista, está en la observancia de la ley de Dios: *«Feliz el hombre que ama la Ley del Señor y la medita noche y día!* (1,1-2)-

Según la Sagrada Escritura, la felicidad temporal y eterna está en la guarda de los

mandamientos. Así lo dice ya Dios en el Antiguo Testamento, por medio de Moisés al pueblo de Israel: *«¡Oh!, si siempre me temieran y guardaran mis mandamientos, para ser siempre felices ellos y sus hijos* (Dt. 5,29). *«Ved, Yo os pongo hoy delante bendición y maldición: la bendición, si cumplís los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios; la maldición, si no los cumplís»* (Dt. 111,26-28).

11

En el libro del Deuteronomio se nos habla de los grandes bienes que Dios concederá a los que van por el camino de sus mandamientos, pues el resultado será éste: *«Sembraréis poco y recogeréis mucho, Yo daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo... y tú cosecharás tu trigo, tu mosto y tu aceite abundante, si amáis a Yahvé, tu Dios, sirviéndole de todo corazón y con toda vuestra alma; de lo contrario, sembraréis mucho y recogeréis poco... y todo os irá mal...* (Dt. 11,13-18; 28).

La felicitad eterna es el fin o término del cumplimiento de la ley de Dios, pues sólo

por el camino de los mandamientos se llega a la felicidad eterna. Al joven que le hizo esta pregunta a Jesucristo: *«¿Qué tengo yo que hacer para conseguir la vida eterna?»*, le respondió: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17).

El Eclesiástico nos dice: *«Nada más dulce que observar los mandamientos del Señor»* (Eclo. 23,37).

12

Expresiones bíblicas sobre la felicidad

Estas expresiones nos van señalando donde podemos hallar la felicidad:

1) *«Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la practican»*, dice Jesucristo. La ley de Dios es justa, dulce y perfecta; nos enseña el camino de la dicha, y conduce a la bienaventuranza suprema.

2) *«Feliz el hombre que teme al Señor; tendrá gran placer en cumplir sus mandamientos»* (Sal. 102,1). *«Felices los que temen al Señor»* (Sal. 128,1). *«No tengas miedo, hijo mío,* dice el santo varón Tobías: *es*

verdad que tenemos una vida pobre; pero tendremos grandes riquezas si tememos al Señor» (4,23).

13

La felicidad también la hallamos en la victoria conseguida sobre nuestras inclinaciones. San Cipriano dice: «Haber venido del deleite es el supremo deleite». *«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios»* (Mt. 5,8). La felicidad está en la virtud. *«Gloria, honor y paz al que obra bien»*, dice San Pablo (Rom. 2,10).

También está la felicidad en la paz de la conciencia. «Ten buena conciencia, dice Kempis, y siempre tendrás alegría». San Pablo a su vez, nos dice: *«Ésta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia, de que no en sabiduría carnal, sino en la santidad y sinceridad de Dios, en la gracia de Dios...»* (2 Cor. 1,2). La alegría del espíritu y la verdadera dicha consisten en la posesión de la gracia santificante.

14

¿Dónde está la felicidad? Oigamos lo que dice Tertuliano, apologista del siglo II: «¿Qué dicha mayor puede hallarse que reconciliarnos con Dios, conocer la verdad, experimentar repugnancia hacia el error, y saber que nuestros pecados están perdonados? ¿Existe un principio de felicidad más fecundo que despreciar los deleites y todo lo que pertenece al mundo, tener la verdadera libertad y una conciencia sin remordimientos, llevar una vida exenta de codicia, estar preparado a la muerte, vencer al infierno y vivir por Dios? He aquí la dicha, he aquí los placeres de los buenos cristianos; son santos, continuos y gratuitos».

15

¿Quién es el hombre que ama la vida y suspira por días dichosos? Aléjese del mal, y practique el bien; busque la paz y la persiga sin descanso» (Sal. 34,13-15).

El que quiera ser feliz, dice Lactancio, debe escuchar la voz de Dios, buscar la jus-

ticia, despreciar las cosas humanas y ocuparse de las divinas.

La verdadera felicidad está en el conocimiento, el amor y el servicio de Dios. Si deseamos poseer la dicha en la tierra, dice San Agustín, es menester que poseamos a Dios, que es dueño de todo y todo lo ha creado. Dios es la felicidad suprema. «Sólo Dios basta», como decía Santa Teresa.

16

Los santos han puesto la felicidad en las aflicciones y cruces, pues, como dice la Sagrada Escritura: *«Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos»* (Hech. 14,21). San Pablo decía: *«Reboso de alegría en todas mis tribulaciones»* (2 Cor. 7,4), y escribiendo a los Gálatas dice: *«Jamás me gloriaré a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para Mí y Yo para el mundo»* (6,14).

Santa Teresa de Jesús decía «Sufrir o morir»...

17

La felicidad se halla donde Jesucristo la coloca. Escuchemos sus palabras: *Bienaventurados los pobres en el espíritu*, es decir, los corazones sencillos, rectos y humildes, porque suyo es el reino de los cielos. *Bienaventurados los que lloran sus propios pecados y los ajenos, los misericordiosos*, los que socorren al pobre y saben perdonar; *los que tienen hambre y sed de justicia*, o sea, de rectitud y santidad; *los limpios de corazón*, que no admiten el menor pecado...

Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida, enseña con palabras y ejemplos cuál s la verdadera dicha y cuál es la desgracia de los que se encuentran en uno y otro caso, y lo que hemos de huir y lo que hemos de practicar para obtener la vida eterna, es decir, la verdadera felicidad.

18

El lenguaje del mundo y el de Cristo

El mundo hace consistir la felicidad en las riquezas, en los honores y en los place-

res; pero Jesucristo la pone en lo contrario, o sea en el desprecio de las riquezas, de los honores y de los placeres de este mundo; en la aceptación de la pobreza, de la oscuridad y de la muerte.

San Bernardo comenta: «O Cristo o el mundo se engañan»; y como la divina Sabiduría no puede engañarse, el mundo es el que se engaña.

Los que sirven al mundo son ilusos y ciegos. Como dice el Salmista: *«Éstos siempre viven en el error»* (95,10).

19

La felicidad del mundo es pasajera. Así lo comprendió Tomás Moro, el gran canciller de Inglaterra. Por no consentir la disolución del matrimonio de Enrique VIII y por no prestarle juramento de reconocerle como único jefe de la iglesia anglicana, fue arrojado en la prisión oscura del Tower y se le sentenció a muerte. No hay promesa ni amenaza bastante fuerte para hacerle titubear. Su mujer se presentó con su hija deshecha en llanto y le dicen: Ten compasión de nosotras. Presta el juramento y el rey te per-

donará la vida. —¡Mira, cuánto tiempo podríamos vivir felices! ¿Por qué morir tan joven?

—Y ¿cuánto tiempo —le contestó él—, podríamos vivir juntos? Y ella le dice: Seguramente veinte años o más. Y por veinte años, replicó él ¿he de sacrificar mi vida eterna, mi felicidad perdurable? Ni por mil años haré lo que me pides.

Después de dieciséis meses de prisión inclinó valerosamente si cabeza bajo el hacha del verdugo el día 6 de julio de 1535. Hoy le venera la Iglesia como Santo.

20

La felicidad eterna

Refiere Monseñor Tihamer Toth que en África oriental entre los negros Kambas, hay una leyenda de profundo sentido, referente a los tiempos primitivos.

Hace tiempo, muchísimo tiempo —así dice la leyenda—, los hombres que vivían por aquellas regiones, se desesperaron por completo a causa de la devastación cruel de la muerte, y mandaron emisarios a todas las

partes del mundo, para buscar un lugar donde la muerte no dominase, a fin de trasladarse allí todo el pueblo. Los emisarios peregrinaron durante años or el mundo; fueron de un país a otro país, y volvieron por fin con la triste noticia: Quedémonos aquí, y muramos como murieron nuestros padres; porque no hay en el mundo país alguno donde no reine la muerte.

21

Sin embargo, ¡lo hay!... Hay un reino cuyos habitantes viven eternamente y viven en felicidad eterna. Hay un lugar en que *«no habrá ya muerte, ni llanto, ni alaridos, ni habrá más dolor»* (Apoc. 21,4). Hay un reino donde los hombres *«Ya no tendrán hambre, ni sed, ni descargará sobre ellos el sol ni el bochorno; y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos»* (Apoc. 7,16-17).

Hay un cielo, donde se cumplen todas las promesas que Dios hizo a sus fieles, y donde se trueca en realidad santa lo que rezamos tantas veces con gran confianza en la última frase del Credo: «Creo en la resurrección de la carne y en la vida perdurable».

22

¿Hay realmente cielo?

Afirmamos que existe el cielo apoyados en las palabras de Jesucristo. Si no hay cielo toda la vida de Jesucristo carece de sentido, ya que toda su vida terrena, su doctrina y su pasión tenían por objeto conducir a los hombres, rescatados del pecado, al reino eterno del Padre celestial, a los cielos.

Repasemos los Evangelios: ¡cuántas veces y con cuántas variantes habló nuestro Señor Jesucristo de la felicidad del cielo!

—En una ocasión dice a sus discípulos que quien hace un sacrificio por amor a Él y por su nombre *«Recibirá cien veces más en bienes de más valor y poseerá la vida eterna»* (Mt. 19,29).

—En otra ocasión les profetiza que sufrirán persecuciones a causa de Él; pero *«alegraos entonces y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos»* (Mt. 5,12), y en relación con el atesoramiento de los bienes de la fortuna, dice: *«No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladro-*

nes los desentierran y roban. Atesorad más bien en el cielo, donde no hay ni orín ni polilla, que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierren y roben» (Mt. 6,19-20).

También en el Evangelio tenemos las magníficas palabras que ha de pronunciar en el Juicio final: *Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino celestial, que os está preparado desde el principio del mundo»* (Mt. 25,34).

23

No tengas miedo a la muerte

Todos los pueblos han creído en la vida del más allá, y todos se preocupan mucho de lo que habrá después de la muerte; pero tenemos que saber a la luz de la fe que con la muerte no se acaba la vida, sino que empieza la vida verdadera.

Sócrates, filósofo ateniense ya presentía la inmortalidad del alma al decir: «Podéis enterrar mi cuerpo, mas a mí no podréis enterrarme».

La muerte no es la estación final de la

vida, sino solamente una puerta por la cual hemos de pasar y tras ella nos espera una vida más hermosa y feliz o más terrible si no vivimos conforme a la ley de Dios.

San Pablo decía: *«Deseo verme libre de las ataduras de este cuerpo para estar con Cristo»* (Fil. 1,23). Con la esperanza de este apóstol hemos de vivir los cristianos.

Un médico avanzado ya en la vida, dijo en cierta ocasión. «Durante la práctica de cincuenta años, he visto morir a millares. Hubo quienes murieron con una resignación embotada, animal; hubo quienes esperaron al muerte con ira impotente, con una oposición desesperada o temblando de temor. No hubo más que una clase de moribundos que miraban con tranquilidad la muerte y con gran paz: los católicos y creyentes».

24

San Carlos Borromeo; arzobispo de Milán, para tener la muerte ante la vista, la hizo pintar en un ángulo de su palacio por donde pasaba frecuentemente.

El pintor la representó de la manera acostumbrada, con una guadaña en las ma-

nos. —¿Por qué ponéis a la muerte una guadaña? —preguntó el santo—. Porque siega a los vivos —contestóle el pintor; la muerte significa la destrucción de la vida.

—Sí, replicó el santo obispo, la muerte destruye la vida temporal y terrena, pero abre al alma las puertas de la vida celestial. Para un cristiano, la muerte es la portería del cielo. Borrad, pues, la guadaña, dad a la muerte una llave de oro. De ese modo la quiero yo considerar.

No tengáis miedo a la muerte, ella nos abre las puertas del cielo.

25

Sabiendo conforme a la revelación divina que *«no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»* (Heb. 13,14), todo cristiano debe caminar con el deseo de conquistar esa Patria donde reina una paz y una alegría y felicidad indescriptible, lugar donde: *«Dios enjugará de nuestros ojos todas las lágrimas, no habrá ya muerte, ni llanto ni dolor»*.

Sólo en el cielo se halla la felicidad verdadera y suprema. San Pablo escribiendo a

los corintios les dice: *«Jamás el ojo ha podido ver, ni el oído percibir, ni el corazón del hombre sentir, lo que Dios tiene preparado en el cielo para los que le aman»* (1 Cor. 2,9).

26

Cuando se nos acerque la hora de la muerte para pasar de la vida presente a la futura, sigamos el ejemplo de San Pablo: *«No estéis tristes como los que no tienen esperanza de la vida eterna»* (1 Tes. 4,12-13), y esto no quiere decir que no sea lícito llevar luto o llorar por nuestros amados difuntos, sino que no lo hagamos «a lo pagano», como los que no tienen tal esperanza de la vida eterna, sino como quienes saben que Cristo venció a la muerte, como quienes oyen continuamente las palabras jubilosas de San Pablo: *Es necesario que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad y que este cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad. Mas cuando este cuerpo mortal haya sido revestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra escrita: La muerte ha sido absorbida por*

una victoria. ¿Dónde está, ¡oh muerte! tu victoria? ¿Dónde está, ¡oh muerte! tu aguijón?» (1 Cor. 15,53).

27

En consecuencia: ¿Qué medios tenemos para llegar a la verdadera felicidad? Santo Tomás de Aquino indica tres medios para lograrla: 1.° La voluntad firme...; 2.° La resistencia a las pasiones...; 3.° La bondad, la mansedumbre hacia el prójimo...

San Agustín indica dos medios: la oración y la lectura. Porque dice: «Cuando oramos hablamos a Dios y cuando leemos (la Biblia), Dios nos habla». A estos dos medios, añade el de observar la ley de Dios, o sea, cumplimiento de sus mandamientos, que es lo dicho por Jesucristo. Además practicar las ocho bienaventuranzas es buscar y hallar la felicidad verdadera.

«Felices los hombres inmaculados en sus caminos, que siguen la ley del Señor» (Sal. 119,1). *«El Señor conoce los días del hombre inocente, la herencia de éste será eterna»* (Sal. 37,18).

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 3
Primer Capítulo: ¿DÓNDE NO ESTÁ LA FELICIDAD? 5
La felicidad no está en las riquezas ... 6
La felicidad no está en los honores.... 8
La felicidad no está en los placeres ... 10
Segundo Capítulo: ¿DÓNDE ESTÁ LA FELICIDAD? 18
Expresiones bíblicas sobre la felicidad 15
El lenguaje del mundo y el de Cristo. 19
La felicidad eterna 21
¿Hay realmente cielo?........................ 23
No tengas miedo a la muerte 24

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia más Bella, con 80 pág. ilustradas a todo color
La Biblia a tu alcance. Es un catecismo de la Biblia
Catequesis Bíblicas, siguiendo el Catecismo
Catecismo de la Biblia, para conocerla bien
Historia Sagrada o de la Salvación, muy ilustrado
Nuevo Testamento Explicado, con amplios comentarios
Tesoro Bíblico Teológico, con muchos temas sapienciales
Evangelios y Hechos Apostólicos, compends. e ilustrados
Jesús de Nazaret, con 120 pág. y muchas ilustraciones
Dios te habla, con palabras de la Biblia
El catecismo Ilustrado, de 160 pág. muy ilustradas a todo color
El Catecismo más Bello, muy ilustrado a todo color
El Matrimonio. Preparación y cómo vivirlo
Bautismo y Confirmación. Para prepararse a recibirlos
¿Existe Dios? Vea las pruebas más claras de su existencia
¿Existe el Infierno? Lo dijo Jesucristo y lo afirma la Biblia
¿Existe el Cielo? La felicidad verdadera y eterna
¿Quién es Jesucristo? Se prueba que es Dios
¿Quién es el Espíritu Santo? Es el Dios que vive en tí
¿Por qué no te confiesas? Es muy fácil y te conviene
¿Por qué no vivir siempre alegres? Razones para alegrarse
¿Seré sacerdote? Conveniencias y ventajas
Para ser Santo. Basta quererlo. Se humilde
Para ser Sabio. Importancia de las buenas lecturas
Para ser feliz. Te enseña a conseguirlo
Para ser Apóstol. Es muy importante y necesario
¿Por qué no eres Católico? Razones para serlo
La Buena Noticia. ¡Puedes ser feliz! ¡Dios quiere que lo seas!
La Caridad Cristiana, resume todas las virtudes
La Bondad de Dios. Trata de lo mucho que nos ama
La Santa Misa y su valor infinito. Aprovéchate
La Virgen María a la luz de la Biblia. Muy importante
La Penitencia ¿qué valor tiene?
La Formación del Corazón. Aprende a dominarte
La Formación del Carácter. Edúcate a tí mismo
La Reforma de una Parroquia. Como hacerlo
La Matanza de los Inocentes. El gran crimen del aborto
La Senda Desconocida. La virginidad

Las Almas Santas, según San Juan de Ávila
Errores Modernos: El Socialismo, la democracia rousoniana.
Marxismo o Cristianismo. Marx o Cristo
Doctrina Protestante y Católica. ¿En qué se diferencian?
Vive en Gracia, no seas cadáver ambulante
Sepamos Perdonar para que Dios nos perdone
Dios y el Hombre. Grandeza de Dios y pequeñez del hombre
La Esperanza en la otra vida, ¿en qué se fundamenta?
La Sagrada Eucaristía ¿Para qué oir Misa?
La Educación Sexual. Cómo y quienes deben enseñarla
La Oración según la Biblia. Su valor y su poder
Pensamientos Saludables, sacados de la Biblia
Lo que debes Saber, lo que te interesa saber
El Ideal más Sublime: Ser Apóstol y Ministro de Dios
Dios y Yo. ¿Quién es Dios y quién soy yo?
Catequesis sobre la Misa. Explicación de la Misa
¿Qué es un Comunista? Es tu prójimo y debes amarlo
Ejercicios Espirituales Bíblicos, según S. Ignacio
Las Virtudes Cristianas, no las conoce el mundo
¿Por qué leer la Biblia? Su importancia
¿Qué es el Evangelio? Lo más importante de la Biblia
¿Qué Sabemos de Dios? Explicación de quién es Dios
Los Siete Sacramentos. Su importancia
Cortesía y Buenos Modales. Urbanidad
Bajo el Régimen Comunista
La Religión a tu Alcance. Es como un catecismo ampliado
La Misericordia de Dios. Dios perdona a los arrepentidos
Pecados que se cometen. Son el mayor mal del mundo
El Buen Ejemplo, es el mejor predicador
Siembra la Alegría. Código de la amabilidad
Breve Enciclopedia del Dogma, la moral y el culto
El Valor del tiempo y del Silencio. Aprovéchalo
El Escándalo y el Respeto humano la ruina de las almas
Los Salmos Comentados. Bellas oraciones de la Biblia
La Vida Religiosa. Su valor y belleza
Dios todo lo ve. Camina en su presencia
La Paciencia. Su necesidad y sus ventajas
La Ignorancia Religiosa, es la causa de todos los males
Las Persecuciones de los cristianos, las predijo Cristo
Dios se hizo Hombre para que el hombre llegara a ser Dios
Vence la Tentación. Derrota a Satanás
Ejercicios Espirituales. Fin o destino del hombre

Vidas y Hechos de los Apóstoles, ilustrados a todo color
Se vive una sola vez, si te equivocas ¿qué será de tí?
La Pasión de Jesucristo nos revela su amor
Pensemos en el Cielo, es nuestro destino
Para avivar la Fe. Consideraciones sobre Jesús
Documentos sobre el Concilio. Varios tomos
¡Muerte! ¡Eternidad! No lo olvides, te interesa
Un Plan de Vida, para vivir bien
Las Oraciones de la Biblia. Para hablar con Dios
La Felicidad de morir, sin dinero, deudas ni pecados
La Mujer en la Biblia. Consejos a los jóvenes
¿Existe el Pecado? Males que nos acarrea
Valor cel Catecismo
Acción de gracias después de la Comunión
Pensamientos bíblicos y patrísticos
Pecados que se cometen y sus remedios
Breve historia del pueblo de Israel
Ejemplos doctrinales instructivos y edificantes
Origen de la Iglesia católica
Lecciones de Jesucristo
Máximas doctrinales
Nuestro caminar bíblico
El mayor de los males
Los hombres del mañana
Los castigos de Dios
Las oraciones de la Biblia